

LIBRO PRIMERO

CARACTERES GENERALES DE LAS REVOLUCIONES

CAPÍTULO PRIMERO

Las revoluciones científicas y las revoluciones políticas.

§ 1.—CLASIFICACIÓN DE LAS REVOLUCIONES.

Se aplica generalmente el término de revolución á los bruscos cambios políticos; pero esta expresión debe ser atribuida á todas las transformaciones súbitas, ó que lo parezcan, de creencias, de ideas y de doctrinas.

En otro lugar estudiamos ya el papel de los elementos racionales, afectivos y místicos en las génesis de las opiniones y de las creencias que determinan la conducta. Sería, por tanto, inútil insistir ahora.

Una revolución puede acabar en una creencia, pero á menudo principia bajo la acción de móviles perfectamente racionales: supresión de abusos, de un régimen despótico detestado, de un soberano impopular, etc.

Si el origen de una revolución es á veces racio-

nal, no es preciso olvidar que las razones invocadas para prepararla no obran sobre las multitudes sino después de haberse transformado en sentimientos. Con la lógica racional se pueden mostrar los abusos á destruir; pero para mover las multitudes es necesario hacer nacer en ellas esperanzas. No se llega sino poniendo en juego elementos afectivos y místicos, dando al hombre la potencia de obrar. En la época de la Revolución francesa, por ejemplo, la lógica racional, manejada por los filósofos, hizo aparecer los inconvenientes del antiguo régimen y suscitó el deseo de cambiar. La lógica mística inspiró la creencia en las virtudes de una sociedad creada según ciertos principios. La lógica afectiva desencadenó las pasiones contenidas por frenos seculares y condujo á los peores excesos. La lógica colectiva dominó los clubs y las asambleas é impulsó á sus miembros á la realización de actos que ni la lógica racional, ni la lógica afectiva, ni la lógica mística les hubieran hecho cometer.

Cualquiera que sea su origen, una revolución no produce consecuencias sino después de haber descendido al alma de las multitudes. Los acontecimientos adquieren entonces las formas especiales que resultan de la psicología particular de las multitudes. Los movimientos populares tienen por esta razón características de tal modo acentuadas, que la descripción de una de ellas bastaría para dar á conocer las otras.

La multitud es, pues, el resultado de una revolución; pero no constituye el punto de partida. La multitud representa un ser amorfo, que nada puede ni nada quiere sin una cabeza que la conduzca. Pronto sobrepasa el impulso recibido, pero no lo crea jamás.

Las bruscas revoluciones políticas que más sorprenden á los historiadores, son á veces las menos importantes. Las grandes revoluciones son aquellas de las costumbres y del pensamiento. Cambiando el nombre de un gobierno no se transforma la mentalidad de un pueblo. Cambiar violentamente las instituciones de una nación, no es renovar su alma.

Las verdaderas revoluciones, aquellas que transforman el destino de los pueblos, se han realizado generalmente de una manera tan lenta, que los historiadores á duras penas pueden señalar sus comienzos. El término evolución les está mejor aplicado que el de revolución.

Los diversos elementos que hemos enumerado, y que forman parte de la génesis de la mayoría de las revoluciones, no podrían servir para clasificarlas. Considerando únicamente el fin que se proponen, las dividiremos en revoluciones científicas, revoluciones políticas y revoluciones religiosas.

§ 2.—LAS REVOLUCIONES CIENTÍFICAS.

Las revoluciones científicas son por mucho las más importantes. Aunque atraen poco la atención, envuelven á menudo consecuencias lejanas que no engendran las revoluciones políticas. Las colocamos al frente de nuestra enumeración, aunque nos sea imposible esudiarlas aquí.

Si, por ejemplo, nuestras concepciones del universo han cambiado profundamente desde la época del Renacimiento, es porque los descubrimientos astronómicos y la aplicación de métodos experimentales los han revolucionado, mostrando que los

fenómenos, en lugar de estar condicionados por los caprichos de los dioses, están regidos por leyes invariables.

Á semejantes revoluciones conviene, en razón de su lentitud, el nombre de evoluciones. Pero hay otras que, aun del mismo orden, merecen, por su rapidez, el nombre de revoluciones. Tales las teorías de Darwin, trastornando en algunos años toda la biología; tales los descubrimientos de M. Pasteur, que en vida de su autor transformaron la medicina. Tal todavía la teoría de la disociación de la materia, probando que el átomo, supuesto eterno en tiempos, no se escapa al influjo de las leyes que condenan á todos los elementos del universo á declinar y perecer.

Estas revoluciones científicas, operándose en las ideas, son puramente intelectuales. Nuestros sentimientos, nuestras creencias no tienen sobre ellas influencia ninguna. Se sufren sin ser discutidas. Siendo sus resultados comprobables por la experiencia, escapan á toda crítica.

§ 3.—LAS REVOLUCIONES POLÍTICAS.

Muy lejos, y bajo estas revoluciones científicas, generadoras del progreso de las civilizaciones, figuran las revoluciones religiosas y políticas sin parangón con ellas. Mientras las revoluciones científicas derivanse únicamente de elementos racionales, las creencias políticas y religiosas tienen casi exclusivamente por apoyo factores afectivos y místicos. La razón juega un papel insignificante en su génesis. En mi libro *Las Opiniones y las Creencias* he insistido tenazmente sobre el origen afectivo y mis-

tico de las creencias, demostrando que una creencia, política ó religiosa, constituye un acto de fe elaborado en lo inconsciente, y bajo el cual, á pesar de todas las apariencias, la razón no figura. Igualmente he hecho ver que la creencia llega algunas veces á un grado de intensidad tal, que no es posible oponerle nada. El hombre, hipnotizado por su fe, se torna entonces apóstol, dispuesto á sacrificar sus intereses, su dicha, su vida misma por el triunfo de aquella fe. Poco importa lo absurdo de su creencia; para él constituye una luminosa verdad. Las certidumbres de origen místico poseen aquel maravilloso poder de dominar por entero los pensamientos y de no aparecer influenciadas más que por el tiempo.

Por el solo hecho de estar considerada como verdad absoluta, la creencia llega á ser necesariamente intolerante. Así se explican las violencias, los odios, las persecuciones, cortejo habitual de las grandes revoluciones políticas y religiosas, la Reforma y la Revolución francesa sobre todo.

Ciertos períodos de nuestra historia permanecen incomprensibles si se olvida el origen afectivo y místico de las creencias, su intolerancia necesaria, la imposibilidad de conciliarlas cuando se presentan frente á frente, y, en fin, la potencia conferida por las creencias místicas á los sentimientos que á su servicio se ponen.

Las precedentes concepciones son todavía demasiado nuevas para haber logrado modificar la mentalidad de los historiadores. Persistirán todavía largo tiempo en querer explicar por la lógica racional una multitud de fenómenos que les son extraños.

Acontecimientos tales como la Reforma que con-

movió la Francia durante cincuenta años, en ningún concepto fueron determinados por influencias racionales. Sin embargo, son siempre las que se invocan, aun en los libros más recientes. Así, por ejemplo, en la *Historia general* de Lavissee y Rambaud se lee la siguiente explicación de la Reforma:

«Es un movimiento espontáneo, nacido aquí y allá en el pueblo, de la lectura del Evangelio y las libres reflexiones individuales que sugieren á gentes sencillas una consciencia muy piadosa y una razón muy osada.»

En oposición á los asertos de estos historiadores puede decirse con certeza, primeramente, que tales movimientos jamás son espontáneos, y además, que la razón no tiene parte alguna en su elaboración.

La fuerza de las creencias políticas y religiosas que han levantado el mundo, reside precisamente en el hecho de que al surgir elementos afectivos y místicos, ni la razón los crea ni los transforma.

Políticas ó religiosas, las creencias tienen un origen común y obedecen á las mismas leyes. No es con la razón, sino generalmente contra toda razón, como se forman. El Budismo, Islamismo, Reforma, Jacobinismo, Socialismo, etc., parecen formas de pensamiento muy distintas. Tienen, sin embargo, bases afectivas y místicas idénticas y obedecen á lógicas sin relación con la lógica racional.

Las revoluciones políticas pueden resultar de creencias establecidas en las almas; pero hay otras muchas causas que las originan. El término descontento representa la síntesis. Desde que el descontento se generaliza, se forma un partido que se hace generalmente bastante fuerte para luchar contra el gobierno.

El descontento, para originar una revolución, es preciso que esté acumulado desde largo tiempo, y por esto una revolución no representa siempre un fenómeno que acaba seguido de otro que comienza, sino un fenómeno continuo que ha precipitado un tanto su evolución. Sin embargo, todas las revoluciones modernas han sido movimientos bruscos trayendo consigo la caída instantánea de los gobiernos. Tales, por ejemplo, las revoluciones brasileñas, portuguesas, turcas, chinas, etc.

Contrariamente á lo que se podría creer, los pueblos muy conservadores son más dados á las revoluciones más violentas. Siendo conservadores, no han sabido evolucionar lentamente para adaptarse á las variaciones del medio, y cuando el alejamiento ha llegado á ser demasiado grande, vense obligados á adaptarse de una manera brusca. Esta súbita evolución constituye una revolución.

Los pueblos de adaptación progresiva no escapan siempre á las revoluciones. Sólo por medio de una revolución lograron los ingleses, en 1688, dar fin á la lucha entablada durante un siglo entre el poder real, que pretendía ser absoluto, y la nación, que quería ser gobernada por intermedio de sus delegados.

Las grandes revoluciones comienzan generalmente desde arriba y no desde abajo; pero cuando el pueblo se ha desencadenado, á él deben su fuerza.

Es evidente que todas las revoluciones no pudieron hacerse ni se harán tampoco sino con el concurso de una fracción importante del ejército. La realeza no desapareció en Francia el día que fué guillotinado Luis XVI, sino en la hora precisa en que sus tropas, indisciplinadas, se negaron á defenderle.

Por el contagio mental es por lo que principalmente se separan los ejércitos, bastante indiferentes, en el fondo, al orden de cosas establecido. Desde que la coalición de algunos oficiales logró derrotar el gobierno turco, los oficiales griegos soñaron en imitarles y en cambiar el gobierno, aunque ninguna analogía existía entre los dos regímenes.

Un movimiento militar puede acabar con un gobierno—y en las repúblicas españolas no se acaba de otra manera;—pero para que la revolución, lograda de otra manera, produzca grandes efectos, debe tener siempre en su base un descontento general y ciertas esperanzas.

Á menos que no se convierta en universal y excesivo, el descontento no basta para hacer las revoluciones. Fácilmente se conduce á un puñado de hombres al pillaje, á la destrucción ó al asesinato; pero para levantar á todo un pueblo, ó al menos á una gran parte de ese pueblo, es precisa la acción repetida de los agitadores. Estos exageran el descontento, persuaden á los descontentos de que el gobierno es la única causa de todos los acontecimientos funestos que se producen, la penuria principalmente, y aseguran que el nuevo régimen por ellos propuesto engendrará una era de felicidad. Estas ideas germinan, se propagan por sugestión y contagio, y llega el momento en que la revolución ha madurado.

De este modo se prepararon la revolución cristiana y la Revolución francesa. Si la última se hizo en pocos años y la primera necesitó muchos, es porque nuestra revolución contó inmediatamente con la fuerza armada, mientras que el Cristianismo obtuvo solamente muy tarde el poder material. En los comienzos, sus únicos adeptos fueron los pequeños,

los humildes, los esclavos, entusiasmados por la promesa de ver su vida miserable transformada en una eternidad de delicias. Por un fenómeno de contagio de arriba á abajo, de los que la historia da más de un ejemplo, la doctrina acabó por invadir las capas superiores de la nación; pero fué preciso que transcurriese mucho tiempo antes que un emperador considerase la nueva fe lo suficientemente extendida para adoptarla como religión oficial.

§ 4.—RESULTADOS DE LAS REVOLUCIONES POLÍTICAS.

Cuando triunfa un partido, procura, naturalmente, organizar la sociedad según sus intereses. La organización se observará, que es diferente, según que la revolución haya sido hecha por militares, radicales, conservadores, etc. Las leyes y las nuevas instituciones dependerán de los intereses del partido triunfante y de las clases que le hayan ayudado; el clero, por ejemplo.

Si el triunfo ha sido á continuación de luchas violentas, como en los momentos de la Revolución, los vencedores rechazarán en bloque todo el arsenal del antiguo derecho. Los partidarios del régimen desaparecido serán perseguidos, expulsados ó exterminados.

El máximo de violencia en las persecuciones es alcanzado cuando el partido triunfante defiende, además de sus intereses materiales, una creencia. El vencido no puede esperar entonces piedad ninguna. Así se explican las expulsiones de los moros por los españoles, los autos de fe de la Inquisición, las ejecuciones de la Convención y las recientes leyes contra las congregaciones religiosas.

Esta potencia absoluta que se atribuye al vencedor le conduce á veces á medidas extremas; decretar, por ejemplo, como en tiempos de la Convención, que el oro sea sustituido por el papel, que las mercancías sean vendidas al precio por él fijado, etcétera.

Se estrella pronto contra un muro de necesidades ineluctables, que cambian la opinión contra su tiranía y acaban por dejarle desarmado ante los ataques, como ocurrió al fin de nuestra Revolución. Es lo que le sucedió recientemente á un ministerio socialista australiano, compuesto casi exclusivamente de obreros. Dictó leyes tan absurdas, concedió tales privilegios á los sindicatos, que la opinión se alzó de un modo unánime contra él y en tres meses fué depuesto.

Pero los casos que acabamos de relatar son excepcionales. La mayoría de las revoluciones han sido hechas para llevar al poder á un nuevo soberano. Este soberano sabe á ciencia cierta que la primera condición de su duración consiste en no favorecer demasiado exclusivamente una clase única, sino en procurar conciliárselas todas.

Para conseguirlo, establecerá una especie de equilibrio entre ellas, de manera á no someterse á la dominación de ninguna. Permitir que una clase llegue á ser preponderante es condenarse á tenerla en seguida por dueña. Esta ley es una de las más seguras de la psicología política. Los reyes de Francia la comprendieron muy bien cuando luchaban enérgicamente contra las usurpaciones de la nobleza, primeramente, y después del clero. Si así no hubieran obrado, su suerte hubiera sido la de aquellos emperadores alemanes de la Edad Media, que, excomulgados por los Papas, eran obligados,

como Enrique IV en Canossa, á emprender una peregrinación para ir á implorar el perdón humildemente.

Esta misma ley se ha verificado en el curso de la historia. Cuando al fin del Imperio romano la casta militar llegó á ser preponderante, los emperadores dependieron en absoluto de sus soldados, que los nombraban y desposeían á su antojo.

Fué una gran ventaja para Francia haber sido gobernada durante largo tiempo por un monarca casi absoluto, creyendo poseer el poder divino, y rodeado, por consiguiente, de un prestigio considerable. Sin tal autoridad, no hubiera podido contener ni á la nobleza feudal, ni al clero, ni á los Parlamentos. Si Polonia, hacia fines del siglo xvi, hubiese llegado á poseer también una monarquía absoluta respetada, no hubiera descendido por aquella pendiente de la decadencia que la llevó á su desaparición del mapa de Europa.

Hemos visto en este capítulo que las revoluciones políticas pueden ir acompañadas de transformaciones sociales importantes. Pronto veremos cuán débiles son estas transformaciones al lado de las producidas por las revoluciones religiosas.